

Año 1 : San José, 9 de Noviembre de 1918 : Núm. 8

LECTURAS

Del Jardín Femenino



Sra. Atilia Odio de Rodríguez

Precio: 20 CÉNTIMOS ejemplar



W. R. Grace & Co.

San Francisco - New York - New Orleans

Grace Bros. & Co. Ltd.

London - Liverpool - Manchester

Importadores y Exportadores

VAPORES

Agencia en San José - Pasaje Central

Charles G. HERDENAN,

Agente General.



San José, Costa Rica

9 de Noviembre de 1918

LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

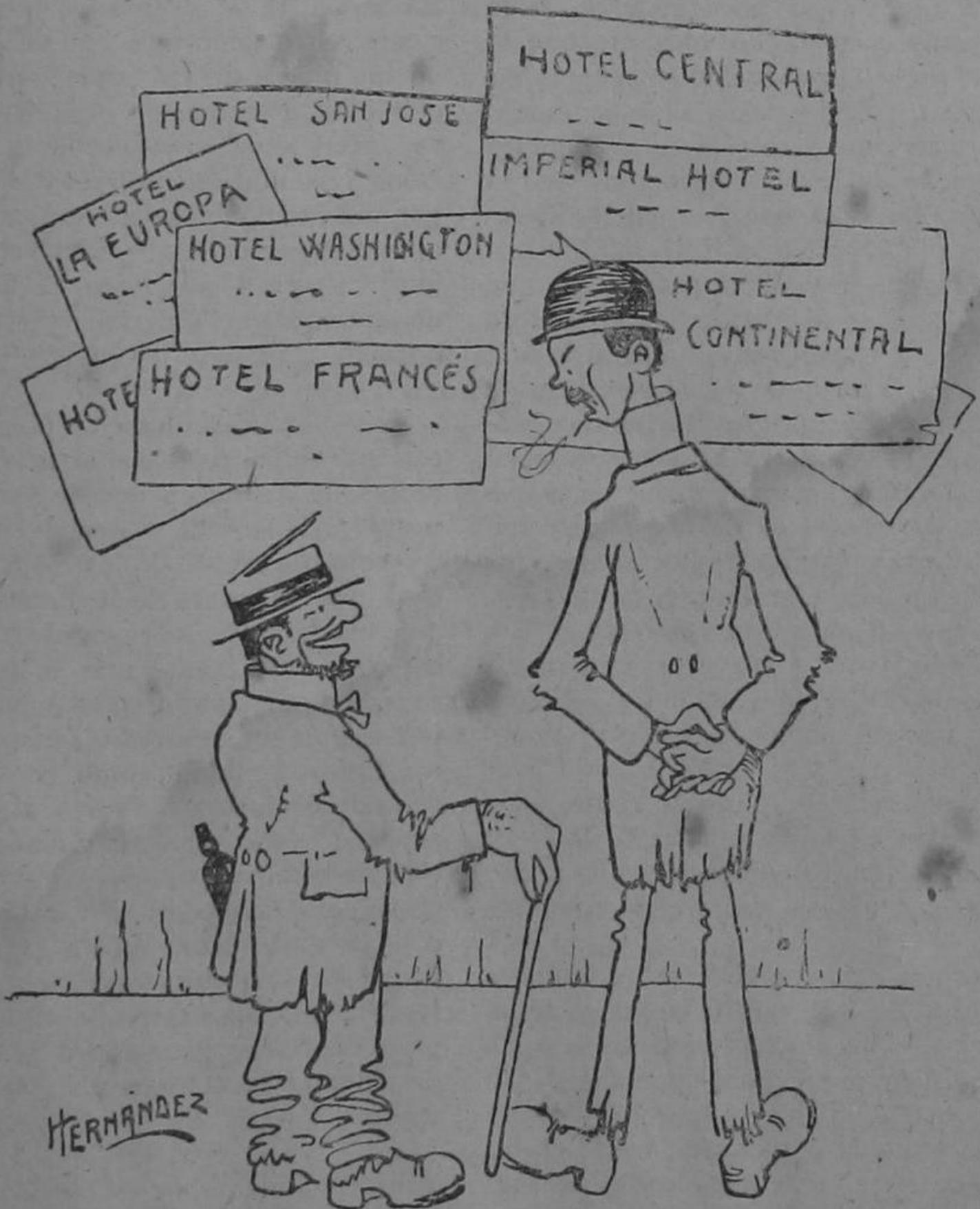
Año I

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 8

Editores; FALCÓ & BORRASÉ

LOGICA BARATA



Pero amigo, esto es cruel...
se muere de hambre la gente
—Por lo mismo, don Clemente,
habiendo aquí tanto cliente
tiene que haber mucho hotel!

Crónica Científica



Epidemia de Influenza

Tócanos iniciar estas crónicas de carácter científico, hablando de una de las enfermedades epidémicas, que con alguna frecuencia han azotado a la humanidad. No es de hoy que se oye hablar de la Influenza. Su historia es muy antigua, el número de sus víctimas grande. Sin embargo poca atención se le ha dado anteriormente no obstante que la mortalidad que ha producido se cuenta por miles y miles. Antiguamente se le confundió con otras afecciones y es sólo en los tiempos modernos que se le ha considerado en su entidad propia. Hay que leer en la literatura inglesa la «History of Epidemics in Britania» (1894) de Creighton, para saber que en el siglo XVII se le conoció con el nombre de «ague». En 1658 Cronwel muere de esta enfermedad y la peste se ha desarrollado de tal manera en el Reino, que Morton dice refiriéndose a su país, que se ha convertido en «one wast hospital». La palabra influenza que ha corrido el mundo es de adquisición italiana y en 1743 llegó a Inglaterra acompañando una epidemia, usándose también en las célebres epidemias de 1833-1847-1889 a 1899. Alrededor de 1712 nació en Francia el término «grippe», que ha sido, con el de influenza, uno de los que más han predominado.

Estas pandemias han venido como todas las grandes pestes del Este hacia el Oeste y la facilidad de las comunicaciones ha hecho que la propagación sea tan rápida como los vientos.

No tenemos datos precisos sobre la época aproximativa en que esta calamidad, de índole diferente a las muchas que sufre la América Latina, llegara por estos dominios. Noah Webster, en su notable obra sobre las epidemias, dice que la influenza apareció en los EE. UU. en 1647, extendiéndose a las Antillas donde produjo de 5 a 6.000 muertos entre Barbados y St. Kitts. En 1655 hubo una segunda epidemia y en 1807, otra que azotó el Oeste especialmente.

*

Esta epidemia, como todas las demás tiene su agente especial representado por un virus, estudiado por Pfeiffer en 1892, conocido con el nombre de «influenza bacillus» y que se considera como la causa de la actual pandemia.

*

La aparición de la influenza es repentina y se presenta con un cortejo de dolores tan imponente, que los atacados apenas pueden a veces describirlos. Duelen la espalda, la cabeza, las piernas, las articulaciones, los ojos lagrimean, la fiebre se presenta alcanzando de 38 a 41 grados a veces y el paciente sufre de postración tal que el pulso mismo pierde de su rapidez invadiendo una debilidad general el organismo. Algunas veces hay vómitos y diarrea; otras, constipación. Las muco-membranas de la nariz y garganta también se afectan, más bien después del primer ataque, lo mismo que la conjuntiva, pero poco a poco, la fiebre tiende a desaparecer y el enfermo vuelve a su estado normal.

*

Poco importaría haber soportado el abrazo cariñoso de la influenza, si no fueran los temores de la más grave de sus complicaciones, la más temible y mortal en un 25 a 33 y medio por ciento de los casos, la Pneumonia, muy diferente de la Pncumonia común por sus caracteres especiales; temperatura baja más bien, pulso más o menos regular, expectoración sanguinolenta, preponderancia por el pulmón izquierdo, zonas de Pneumonia típicas grandes como una antigua moneda de cincuenta céntimos. Hay de 10 a 15 zonas de éstas en cada pulmón. La resolución de esta complicación a tipo pneumónico, no sigue el curso de la Pneumonia ordinaria, pues la temperatura sube a 41, el pulso alrededor de 100 con respiraciones de 24 a 36. La toxemia se desarrolla rápidamente, hay gran depresión vaso-motriz y la muerte del paciente es la consecuencia fatal en muchos casos.

*

El tratamiento de esta enfermedad es sintomático y habrá que atender las condiciones patológicas especiales a cada enfermo. Se ha usado la aspirina, los baños calientes, anti-sepsia de las cavidades bucal y nasal, bebidas calientes (tisanas), cuarto ventilado cuando la fiebre haya desaparecido.

Las complicaciones dan lugar a que se tomen medidas especiales sobre todo tratándose del desarrollo de la Pneumonia. Hay que cuidar de que la alimentación sea buena y en forma líquida. Cataplasmas calientes en el pulmón combinadas con aplicaciones de hielo en la cabeza. Estimulantes cardiacos cuando se debilite el corazón. En muchos de estos casos cuya solución es fatal debe combatirse principalmente la toxemia y la depresión vaso-motriz. La toxemia se combate por los métodos usuales, por la ingestión de líquidos sea por la boca, sea por proctoclisís o hypodermoclisís. Pueden usarse purgantes como eliminadores y en tal caso grandes dosis de sales (Citrato de Magnesia) o calomelanos. Se puede recurrir también a la venisección y en los estados cianóticos deben usarse inhalaciones de oxígeno o las inyecciones hypodérmicas de oxígeno indicadas por el Dr. F. Tice.

La postración se combatirá por el uso de los estimulantes conocidos, como el benzoato de soda con cafeína, la digitalis, estrofantus, aceite alcanforado en inyecciones hypodérmicas. La exudación de los bronquios y pulmones que se observa en el último período de la Pneumonia, puede combatirse con el uso de la morfina o la atropina, 0,0025 grm. o 1/25 de grn.

*

En la ausencia de un virus específico usado en la inmunización de animales, como un recurso terapéutico se ha empleado la sangre de personas convalescientes, pues es posible que contenga anti-cuerpos como agentes específicos de la enfermedad, siendo indispensable en tal caso el examen previo de la sangre por la reacción de Wassermann que debe ser negativa.

*

La profilaxis de la enfermedad consiste en el aislamiento del paciente, en el uso de máscaras de gasa. El aislamiento de los primeros casos en una localidad da muy buenos resultados. Debe emplearse el aislamiento por barrios, en caso que la epidemia se concrete a determinados lugares. Cerrar las escuelas en los grandes centros es una medida de dudoso valor, no así en los pequeños, donde es más razonable, pues la infección será más fácil de combatir que estando los niños reclusos en una aula escolar.—EL DR. X.

San José, 4 de Noviembre de 1918.

Página Histórica

Cariay o Cariari

I

En su cuarto y último viaje (1502) arribó Colón a un lugar de la costa oriental de Centro América, llamado Cariay o Cariari, situado según unos en territorio de Nicaragua y según otros en el de Costa Rica.

En la nota 17 de su notable *Historia de Costa Rica* el diligente investigador don León Fernández opina que Cariay corresponde a la boca del río Reventazón, a la del Matina o al actual puerto de Limón.

El norteamericano William E. Curtis publicó en 1886 un artículo titulado *The Smallest of American Republics*, en el cual afirma que Cariay corresponde al puerto de Limón, error que combatió don Francisco M. Iglesias en la traducción que de dicho artículo hizo en 1887 don Manuel Carazo Peralta; demostrando que lo que el Almirante llamó *Los Limones* no fué nuestro puerto como cree Curtis, sino un grupo de isletas de la Costa Mosquitia.

El señor Iglesias situa a Cariay en la boca del río de Moin y cree que la especie de delta que allí se ha formado, y que el Presidente Carrillo mandó remover, es la isla de *Quiribiri* que Colón bautizó con el nombre de la *Huerta*.

En 1890 el señor Obispo de Costa Rica, don Bernardo A. Thiel, en carta dirigida al mismo señor Iglesias y publicada en un suplemento a la *Gaceta* de 18 de noviembre de ese año, aduce multitud de argumentos para probar que Limón y Cariay son una misma cosa.

Don Ricardo Fernández Guardia (v. *Páginas Ilustradas*, n.º. 167 del 12 de octubre de 1907, considera como concluyente la demostración del señor Thiel, y don Manuel M. Peralta se inclina a aceptarla, después de haber afirmado que Cariay estaba en la Mosquitia (*Historia de la jurisdicción territorial de Costa Rica*).

El Lic. don Cleto González V. (v. artículo publicado en *El Noticiero* el 27 de Setiembre de 1905) no discute la localización del pueblo de Cariay, sino la fecha de su descubrimiento, que para él, fué el 18 de Setiembre de 1502.

En vista de las anteriores opiniones, el Ateneo de Costa Rica, en sesión celebrada el 7 de Octubre de 1907 acordó abrir una suscripción pública para erigir en nuestro puerto del Atlántico un monumento al inmortal navegante.

Para averiguar si las opiniones citadas tienen suficiente fundamento y si el Ateneo obró o no con precipitación al aceptarlas, vamos a proceder con método, exponiendo primero los datos históricos en que por fuerza ha de basarse cualquier estudio sobre ese asunto, para entrar luego en el análisis de las pruebas que en favor de su tesis exhiben las distinguidas personas que hemos nombrado.

La primer noticia sobre Cariay nos la suministra el mismo Colón en la carta que desde Jamaica dirigió a los Reyes Católicos el 7 de Junio de 1503 y de la cual copiamos los siguientes párrafos:

«Llegué a tierra de Cariay, adonde me detuve a remediar los navíos y bastimentos y dar aliento a la gente, que venía muy enferma.

....En *Cariay* y en esas tierras de su comarca, son grandes fechiceros y muy medrosos. Dieran el mundo porque no me detuviera allí una hora. Cuando llegué allí luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas: la más vieja no sería de once años, y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura, que no serían más unas putas; traían polvos de hechizos escondidos: en llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las envié luego a tierra: allí vide una sepultura en el monte, grande como una casa, y labrada, y el cuerpo descubierto y mirando en ella. De otras artes me dijeron y más excelentes.... Otra gente fallé que comían hombres: la deformidad de su gesto lo dice. Allí dicen que hay grandes mineros de cobre: hachas de ello, otras cosas labradas, fundidas, soldadas hube y fraguas con todo su aparejo de platero y sus crisoles. Allí van vestidos; y en aquella provincia vide sábanas grandes de algodón, labrados de muy sotiles labores; otras pintadas muy sotilmente a colores con pinceles». (Navarrete, *Col. de Viajes y Desc.*; tomo I, p. 296).

Desgraciadamente el diario de a bordo del Almirante se ha perdido y sólo nos queda el derrotero anotado por su piloto Diego de Porras (Navarrete, I, p. 288), según el

cual la distancia de Cariay a Aburemã (bahía de Almirante) es de 42 leguas (45, corrige Navarrete).

El Padre Las Casas (*Hist. de las Indias*, tomo III, 114), dice: «El domingo 17 de Setiembre fueron a echar ancla en una isleta llamada *Quiribiri* y en un puerto de la tierra firme llamado *Cariari*». Don Fernando Colón publicó en castellano la relación de los viajes de su padre, obra que se ha extraviado, de la cual queda la traducción italiana que a su vez fué vertida a nuestro idioma por Andrés González Barcia (*Historiadores primitivos de las Indias Orientales*, Madrid, 1779). Don Fernando acompañó al inmortal Descubridor en su cuarto viaje y dice (*op-cit*, t. I, p. 116) que «el sábado 16 de Setiembre estaban en el río del Desastre»; pero el 16 fué viernes y sin duda este error tiene relación con el del Padre Las Casas, quien dice que el 17 fué domingo.

Copiamos de la relación de D. Fernando:

«El domingo 25 de Setiembre, siguiendo así al Mediodía, surgimos en una isla, llamada *Quiriviri*, y un pueblo de tierra firme, llamado *Cariari*, que era de la mejor gente, tierra, país y sitio que hasta allí havíamos hallado: así porque era alta la tierra, de muchos ríos y copiosa de árboles altísimos, como porque era la referida isla espesa, llena de muchas manchas de árboles, así de palmitos y *mirabolandos* (mirabolanos son nuestros *jobos*, v. Las Casas, III, 113).

Como de otras muchas especies, por lo qual la llamó el Almirante la *Hueita* (Huerta) y *diste una legua pequeña* de *Cariari*, y está *cercana de un gran río*, donde concurrió *infinita gente* de aquel contorno».

Agrega que los indios de Cariay tenían cobertores de algodón, *jicoles*, joyas de oro, y que dentro de un gran palacio de madera tenían sepulturas y en una de ellas un cuerpo embalsamado y dos envueltos en paños, y sobre las sepulturas tablas esculpidas con figuras de animales y en algunas la figura del muerto.

Otras noticias interesantes sobre el cuarto viaje de Colón se encuentran en las declaraciones de sus compañeros (v. *Col. Dic. de América y Oceanía*, por Torres de Mendoza, tomo 34, págs. 364 y siguientes), entre las cuales figura el nombre de uno de los indios de Cariay, que sirvieron de intérpretes: *Cuzarro*.

Herrera, Pedro Mártir y otros han seguido en su relación a los citados, por lo cual nos abstenemos de copiarlos.

La fecha del descubrimiento de Cariay (sólo Las Casas dice *Cariari*) fué sin duda la apuntada por don Fernando Colón: no el 17, como asegura Las Casas, ni el 18 como cree el Lic. González Víquez. No parece verosímil que el Gran Genovés permaneciese allí desde el 18 de Setiembre hasta el 5 de Octubre, cuando estaba ansioso de recorrer la costa. Además, él mismo nos cuenta que *luego* que llegó le enviaron los de Cariay dos muchachas; que él se apresuró a devolverlas; ahora bien, las dos desenvueltas moctas fueron desembarcadas *el jueves 29 de Setiembre*.

Y a propósito de fechas debemos advertir que están equivocados los que creen que las carabelas de los descubridores tardaron un día de Cariay a la bahía de Almirante. Salieron de aquel lugar el 5 de Octubre, sin duda por la mañana, y llegaron a Zorobaró el 6 por la tarde, pues los historiadores atrás nombrados dicen que «al día siguiente, 7 de Octubre, fueron a tierra las lanchas».

CARLOS GAGINI

Noviembre 1918.

(Concluirá)

La serpiente

Un día, por abrir uno de los hoyos en que plantaba almáciga, desenterré con la punta del cuchillo una serpiente que dormía.

¿Qué te hace pensar este suceso?

Piensa en el sueño de la serpiente allí donde luego surgió la planta. Yo habría querido ser encantador para encantarla. Imagina que hubiera quedado erecta, rígida, de modo que los tallos hubiesen subido a lo largo de su cuerpo y florecido sobre su cabeza. Y que al abrirse la primera flor, roto el encanto, hubiese despertado la serpiente. Habría tenido la ilusión de que la flor brotaba de su sueño!

OMAR DENGO

(Página de un libro inédito).

MENTHOLATHUM

Indispensable en todos los Hogares.
De venta en todas las Boticas.

LA CABEZA HUMANA

INVERSIÓN DE VALORES

La mirada distraída y opaca de los hombres tropieza con los astros, y el hombre dice: «¡Qué grandeza! Yo, en cambio, qué pequeñez!» ¿Por qué no inviertes los términos? Toda esa grandeza de que hablas, toda esa enorme noche que te espanta, Orión, Aldebarán, las Nebulosas, ese arenal de mundos que te asombra, cabe en una sola célula de tu cerebro, sin llenar nada, sin aumentar su peso, sin cansarte, prodigiosamente. ¡La cabeza! Os habéis dado cuenta de lo que cargáis sobre los hombros?

Hamlet, con la calavera de Yorick en la mano, soporta, sin inmutarse siquiera, el reguero infinito de las constelaciones, la conciencia entera del Universo, lleno de calaveras también. El Hombre es la razón de ser de los mundos, el problema de Dios.

RAFAEL CARDONA

Ap. 202. I.

Octubre de 1918.

La locura de la guerra

Hay la locura del amor, la locura de la gloria; La Bruyere insiste sobre la locura de la guerra. El caballero y el senador en diálogo de De Maistre echan juntos la sonda en el mar de sangre, creyendo medir lo profundo de la verdad. Lo cierto es que la fatalidad humana es un poco darwinista, y uno de los primeros comentarios de la teoría del sabio inglés, está escrito en la quijada del asno del eficaz *struglforlifero* Cain. Los doctores os hablarán de la influencia divina de la espada, y el último quizá de ellos, León Bloy, os dirá las terribles lamentaciones de ese instrumento de Dios. La espada, hecha para los predestinados de la victoria y de la justicia por el Señor de los Ejércitos, envilecida, prostituida, manchada o embrutecida; pues este último caso es frecuente en las modernas democracias, el arma bíblica dando así un paso; de Gedeón a Gedeón.

Todo contribuye en el aparato de las naciones a engrandecer y atizar el odio humano; la corona de los reyes, los himnos gloriosos de las conquistas del trabajo, las riquezas de los pueblos, son otros tantos fuelles que avivan el fuego, pues el cainismo es innato en el hombre y democrático en la misma naturaleza. Yo soy el labrador, tú el pastor; luego te condeno a muerte. Nada más impregnado del perfume de la mentira que la canción de los melifluos profetas de la fraternidad, del desinterés, de la unión y de la igualdad que sólo existe en la extagnación de la inmovilidad, en la muerte; toda vida es un combate, es una fuerza; el número es ya una jerarquía.

RUBÉN DARÍO

Los Cuentos de mi tía Panchita

El Cotonudo

Había una vez una viejita que tenía un hijo galanote e inteligente y además bueno y sumiso con ella que parecía una hija mujer. La viejita era muy pobre; lo único que tenía, era una casita en las afueras de la ciudad y sus fuerzas con las que lavaba y planchaba, para ayudar a su hijo a quien se le había metido entre ceja y ceja, estudiar para médico. Eso sí, que el pobre tenía que presentarse en la escuela sabe Dios cómo: el vestido hecho un puro remiendo, nada de cuello ni de corbata y con la patica en el suelo.

Para ir a la escuela el joven pasaba todos los días frente al palacio del rey y dió la casualidad de que a esa hora se asomaba la hija del rey al balcón. A la princesa le llamó la atención aquel joven tan galán, vestido pobrementemente, pero tan limpio que parecía un ajito, con los pies descalzos tan lavados y blancos que daba lástima mirarlos caminar entre los barriales. ¿Adónde iría con sus alforjitas al hombro y sus libros bajo el brazo?

Por fin un día no se aguantó y mandó a una de sus criadas a que lo llamara, y cuando lo oyó hablar con tanta sencillez y facilidad, se enamoró perdidamente del joven. Y desde entonces lo esperaba en el jardín para conversar con él.

El joven también se había enamorado de la princesa quien era un primor de bonita: con una cabeza que era como ver el sol de rubia y en la que cada hebra parecía un quelite de chayote. Además era buena y noble que no tenía compañera, y ella tan lo mismo trataba al pobre que al rico. Pero el joven se había guardado con candado su enamoramiento, porque en qué cabeza podía haber que una princesa se pudiera casar con un chonete como él, que no se calzaba porque no tenía con qué comprar zapatos?

Pero así es el mundo, y la princesa al ver que el muchacho no tenía trazas de decirle: «tenés los ojos así y la boca asá», dejó a un lado la pena y un día sin más ni más le declaró que estaba enamorada de él. Al principio el joven creyó que era por burlarse, pero al fin acabó por convencerse de que le estaba hablando de veras.

Entonces le dijo: --Mire, es mejor que no pensemos en ésto. Yo soy lo que se llama un arrancado. Es de las cosas que no hay que pensar dos veces y lo mejor que yo puedo hacer es decirle adiós y no volver ni a pasar por esta calle.

Pero la princesa que también era muy cabezona, se le prendió como una garrapata y acabó por hacerlo aceptar una bolsa llena de oro para que se fuera a tantear fortuna. Ella le juraba esperarlo. El partió a rodar tierras. Un día se embarcó, naufragó el buque en que iba y por un milagro de Dios quedó vivo para contar el cuento.

Hecho un ay de mi regresó a su país. Su madre lo recibió con gran alegría.

Allá entre oscuro y claro se envolvió en un algodón, se puso un gran sombrero, las dos únicas cosas que trajo de su viaje, y fué a pasearse frente al balcón de la princesa para ver si podía entregarle una carta en la que le contaba sus desgracias y la conveniencia de que no lo esperara y se casara con un príncipe. Los que lo encontraban se decían: ¿Quién será ese cotonudo? Consiguió lo que deseaba, pero la niña mandó a buscarlo y lo convenció de que debía recibir otra bolsa de dinero y volver a comenzar. Partió de nuevo a rodar tierras, pero en esta ocasión unos ladrones lo dejaron a buenas noches con cuanto llevaba.

Volvió a su país y otra vez a ponerse el algodón y el gran sombrero y a buscar a la princesa. Los que lo veían se preguntaban: ¿Quién será ese cotonudo?—Y la criada de la princesa corrió a avisar a su ama que allí estaba «su cotonudo» y la princesa comprendió.

En esta ocasión fué más difícil el convencerlo de que debía recibir otra bolsa de oro, y la pobre niña tuvo que arrodillarse y llorar para que él la recibiera.

Se fué, se embarcó y por lo que se ve era más torcido que un cacho de venado, porque en una tempestad, el mar se tragó el barco en que iba, y a él lo arrojaron las olas en una isla desierta sin más vestido que aquel con que Nuestro Señor lo echó a este mundo. Cuando volvió en sí, estaba tan desesperado que pensó que lo mejor que podía hacer era ahorcarse, y se puso a buscar unos bejucos resistentes y un palo en que hacerlo. Halló las dos cosas. El árbol estaba a orillas de un río y antes de subir le dieron ganas de beber agua. Al acercarse vió en el centro de la corriente a un hermoso joven sentado en una piedra. Le preguntó qué hacía allí, y le contestó que era un príncipe a quien hacía muchos años una bruja tenía encantado. El recién llegado quiso saber si no habría medio de desencantarlo y el otro le dijo que sí, pero que era muy difícil hallar quien se comprometiera a ello, porque se necesitaba una persona muy valiente que fuera a sentarse en la piedra que él ocupaba, dispuesta a hacerle frente sin temblar a cuanto viniera. Entonces el Cotonudo reflexionó que era mejor morir tratando de sacar de apuros a un prójimo, que ahorcado y le dijo que él estaba dispuesto a probar si era posible librarlo de semejante situación. Y diciendo y haciendo, se metió en la corriente y obligó al príncipe a dejarle el lugar. Este se sentó en la orilla a aguardar su destino.

De pronto se vió venir una creciente que arrastraba piedras enormes y troncos inmensos. El Cotonudo pensó que hasta allí se la había prestado Dios, se santiguó y esperó tranquilamente que la corriente lo arrastrara. Pero con gran asombro suyo, el agua se apaciguó y vino muy sumisa como un perro a lamerle los pies e inmediatamente el río se secó. Luego vió venir hacia él un tigre muy grande que echaba fuego por

los ojos y le enseñaba los dientes. --Ahora sí que no me escapo--se dijo. Volvió a santiguarse y encomendó, sin asustarse, su alma a Dios. Pero el tigre se acercó, le lamió los pies como el agua, y desapareció entre la montaña. Después fué un toro de aspecto tan temible que hubiera hecho temblar al mismo San Miguel Arcángel quien no le tuvo miedo ni al Diablo. Pero el muchacho pensó que seguramente pasaría como con la creciente y el tigre, y más bien se rió de los espavientos del toro que pasó a su lado cual un huracán, sin causarle el menor daño.

Al punto se oyó un gran estruendo, la piedra en que él estaba sentado dió una vuelta y se vió la entrada de una cueva. El príncipe se acercó, abrazó a su salvador y se arrodilló ante él llorando y le besó las manos. Luego lo llevó a la cueva que estaba llena de talegos de oro, de cajas llenas de brillantes, rubíes y toda clase de piedras preciosas, de conchas que encerraban perlas que parecían botoncitos de rosa.

—Todo ésto es nuestro—dijo el príncipe. Un enano, criado de la bruja, que venía cada semana a darme de latigazos y a mortificarme, me enseñó una vez estos tesoros y burlándose dijo que serían míos el día en que hubiera quien me desencantara. Yo le pregunté por llevarle el corriente, que cómo haría en tal caso para sacarlos, y él me contestó que inmediatamente habría un barco en el puerto, del que yo podría hacer y deshacer.

Se subieron a una altura y desde allí divisaron efectivamente un gran barco en el puerto. Comenzaron a transportar las riquezas y cuando terminaron se hicieron a lá vela. Manos invisibles ejecutaban todos los trabajos que se necesitan en un buque. Así llegaron hasta un puerto del reino del príncipe. Los reyes, sus padres, aun vivían, muy viejítico y siempre pensando en su hijo que hacía tantos años había desaparecido. El príncipe envió a su amigo a prepararlos. ¿Para qué hablar de la felicidad de los padres? Lo cierto es que no se quedó campana que no repicó, ni grano de pólvora que no estalló, en señal de alegría por el regreso del príncipe a quien todos creían muerto. Los reyes dieron al pueblo todos sus toros y vacas para que los mataran y los asaran en las plazas públicas y sacaron de sus bodegas todo el vino para que el pueblo comiera y bebiera hasta caer sentado. Tres días duró la parranda.

Al Cotonudo lo querían casar con una de las hijas del rey, pero él les contó su compromiso y se despidió. El príncipe le dió un gran barco cargado con las dos terceras partes del tesoro sacado de la isla, y el rey y la reina una caja de oro que debía abrir en el día de sus bodas.

Por fin partió con las bendiciones de toda aquella gente y al cabo de unos cuantos días de navegar, llegó a su país. Salió del buque de noche para que no lo conocieran. Halló a su madre en la misma casa y hecha un tacaquito de vieja. La pobre ya casi no veía, de tanto llorar por su hijo. ¡Oh! felicidad cuando reconoció a su muchacho!

Otro día, entre oscuro y claro se metió en su cotón, se puso el gran sombrero (ambas co-

sas las había dejado guardadas en su casa) y se fué a rondar el palacio. Observó que en las calles había mucho movimiento, que el palacio estaba iluminado como para una fiesta, que a cada instante llegaban coches de los que bajaban señoras y caballeros con vestidos resplandecientes. Preguntó la causa de todo aquello y le contestaron que esa noche se casaba la hija del rey. Llamó a un criado y le dió cien pesos porque le llamara la viejita que había chineado a la princesa, quien lo quería mucho, y por supuesto no se hizo de rogar. Vino la sirvienta y al ver al Cotonudo se quedó en el otro mundo. Lo llevó a un rincón y le contó que la princesa lo creía muerto, porque habían pasado dos años sin saber noticias suyas y que ahora el rey la obligaba a casarse con un príncipe muy viejo y más feo que un susto en ayunas. Le rogó que esperara allí un momento y corrió a avisar a su ama. A pesar de la emoción que le causó esta noticia, la princesa no se atarantó y dijo a su criada que por un pasadizo que sólo ellas conocían, lo llevara a la capilla y lo escondiera detrás de unas cortinas que estaban cerca del altar.

Por fin entraron los novios y los convidados a la capilla. El Cotonudo que no tembló ante la creciente ni ante el tigre ni el toro, no se podía sostener al ver a su princesa tan linda, que parecía una luna nueva con su vestido de novia. ¡Y qué feo y qué viejo era el hombre que se la quería quitar!

El señor obispo se acercó a los que se iban a desposar. Cuando preguntó a la niña: «Recibe por esposo y marido al príncipe don Fulano de Tal? ella dió media vuelta, apartó la cortina, sacó a su Cotonudo y con voz muy clara dijo:—No, señor, al que recibo es a éste.—Y el señor obispo se vió obligado a echarles la bendición. Por supuesto que aquello fué levantar un polvorín: la reina cayó con un ataque y el rey se puso como agua para chocolate, mandó que la cocinera trajera su vestido más tiznado y ordenó a su hija que se lo pusiera. Luego los echó puerta afuera. En ese momento pasaba un carbonero con su borriquito cargado de carbón que iba a vender a la próxima ciudad, porque otro día era allí el día de mercado y para llegar a tiempo tenía que salir a media noche. El rey hizo que quitaran al pobre hombre su borriquito y sobre los sacos obligó a la princesa que montara. Hecho esto se metió en su palacio y les tiró la puerta encima.

El Cotonudo con mucha cachaza, se aguantó todo aquello. Comenzó a arriar la bestia que llevaba a su mujer encima y a abrirse paso como podía entre la gente que los seguía burlándose y poniéndolos como un chuica.

Tomaron el camino del puerto con aquel molote de gente que no los desamparaba y que no se cansaba de gritar:—¡La princesa se ha vuelto loca! ¡Achará la princesa que se fué a casar con ese Cotonudo! Siempre el peor chanchito se lleva la mejor mazorca!

El Cotonudo se hacía el tonto y como si no fuera con él, trun, trun, arriando el borriquito.

Pero, cuál fué la admiración de todos al verlo entrar en el muelle, detenerse frente a aquel her-

moso barco, el más grande y hermoso que hasta entonces no llegara a este país y tocar en un pito a cuyo sonido salió toda la tripulación apresuradamente. Bajó el capitán con el sombrero en la mano y saludó al Cotonudo de un modo que casi se le quiebra el espinazo. Le dijo éste unas palabras al oído, subió el otro al barco en una estampida, formó la tripulación en dos filas, todos los cañones comenzaron a disparar y la banda del barco a tocar la pieza más alegre que sabía. Entonces el Cotonudo bajó a su esposa, y sacó de entre su algodón un gran bolsillo lleno de monedas de oro y lo entregó al pobre carbonero que lo había seguido pie a pie, con la cara más triste que un Viernes Santo. Luego le dió unas palmaditas al burro y lo devolvió a su dueño.

Entretanto la gente no volvió a chistar y todos no hacían más que abrir los ojos lo más que podían.

La princesa estaba también sin saber qué pensar. Su marido la cogió de la mano y subió al barco entre las dos filas de marineros que tenían la cabeza inclinada como si fuera pasando el Santísimo. Cuando estuvieron arriba, todos tiraron sus gorras por los aires y gritaron: ¡Que vivan el amo y su esposa!

El Cotonudo llevó a su mujer a un salón tan lujoso, que la princesa con ser princesa, nunca ni se lo había imaginado. Allí estaba la caja de oro que los reyes, padres de su amigo, le habían dado para que abriera el día de sus bodas. La destaparon y dentro de ella había dos vestidos como para un rey y una reina, pero tan maravillosos que la princesa abrió su boquita de par en par y no dijo ni tus ni mus.

Así que se vistieron, salieron para montar en una carroza de oro y plata que habían sacado del barco, tirada por ocho caballos a cual más copetón.

Las gentes al verlos, gritaban: ¡Son el sol y la luna! La princesa se ha casado con el rey más hermoso de la tierra! Hizo bien la princesa en no casarse con aquel viejo que no es más que un saco de huesos!

Montaron en la carroza y fueron por la viejecita madre del Cotonudo que estaba en vela esperando a su hijo. Cuando vió todo aquello, creyó que se había quedado dormida en la silla y que soñaba. ¿Cómo iba a ser que este hermoso señor vestido de oro, y casado con la hija del rey, fuera su hijo quien salió temprano de la noche, envuelto en su algodón?

¡Las cosas que sueña uno!, se decía. Y se metía pellizquitos ella misma y se preguntaba: ¿a qué hora voy a despertar?

Volvieron al barco y a poco llegaron unos amigos del rey, quien ya había tenido noticias de las maravillas que estaban ocurriendo. El Cotonudo envió a sus suegros un cofrecito lleno hasta el copete de joyas tan bellas y ricas, que el rey también tuvo que abrir la boca y la reina volver de su ataque. Y sin esperar segundas razones, se fueron para el barco y así que hubieron visto y metido las manos entre todos los tesoros que contenía, agarraron a su yerno a abrazos y besos y desde ese día andaban con él, santo dónde te pondré?

Entre tanto la princesa no hacía más que consentir a la viejecita, su suegra, quien se imaginaba que mientras dormía había muerto, que ahora estaba en el cielo y que un ángel la cuidaba.

Después los recién casados, mientras les construían un palacio, fueron en su barco a visitar a los reyes amigos.

Y fueron muy felices y tuvieron muchos hijos y yo fui y vine y no me dieron nada. —LIRA.

Libro póstumo

Julio Lemaitre murió al comenzar la Guerra Grande; tal vez, para felicidad de su serena vejez, no alcanzó a ser testigo de los horrores de esta matanza sin precedentes, que ha llevado el dolor y la tristeza a todo el mundo.

Ahora, cuatro años después de ido para siempre, se publica un libro suyo, póstumo: la octava serie de sus Contemporáneos, pedestal y voceros de su gloria.

Myrian Harry lo ha recopilado y prologado piadosamente. La célebre autora de la «La Conquista de Jerusalem» cuenta con palabras sencillas, rendidas de ternura femenina, cómo conoció y cómo frecuentó cotidianamente a Julio Lemaitre hasta poco antes de morir.

Traducimos estos párrafos:

Del techo colgaban reunidas en una corona de hierro forjado, innumerables lámparas hebreas y bronceadas, que lucían con fulgor tranquilo y alumbraban a la redonda las altas bibliotecas en que brillaba el oro pálido de las preciosas encuadernaciones antiguas. En un rincón, una gran estufa de porcelana vertía un calor beato y Julio Lemaitre, todo gris, todo plata, algo encorvado y sentado en ese «puesto» que había encontrado para su vejez, en ese templo de libros, me apareció como la imagen de la docta Serenidad.

Una irradiación emanaba de él, se esparcía a su alrededor y me invadía de manera tan completa que, de vuelta en mi casa, me sentía largo tiempo como macerada en una armoniosa claridad, y que, en la noche, soñaba con un viejo delicioso y sonriente, entre oros pálidos.

Desde entonces, volví a verlo casi todos los domingos, entre cinco y seis. Pero noté que su serenidad hacia a menudo lugar a la tristeza.

—Me fastidio, me decía; mis libros no consiguen amoblar mi vida desierta.

Y como le dijera, un día, esta frase, trivial sin embargo: «Cuando ya no nos queda amor, aún nos queda la tristeza», me miró sorprendido y preguntó:

—¿Amáis entonces la tristeza?

Y creo que nuestra amistad nació de nuestra melancolía.»

 LE CONVIENE a usted empastar sus libros en el Taller de Encuadernación de los señores FALCÓ & BORRASÈ, pues los precios son económicos y el trabajo elegante y bien acabado.

Dirección: 7.^a Avenida, Este 42, San José.

Página femenina



El traje

Dios ha querido que el hombre y la mujer parezcan perfectamente nobles y bellos uno a la vista del otro. El traje es el que así los hace. El mejor traje es el que es bello a los ojos de las personas nobles y discretas. El buen traje es, por consiguiente, el que es adecuado para cada situación particular de la vida y para el trabajo que ha de hacerse en ella, y el que por otra parte es gracioso, decente, duradero, saludable y ligero; en ocasiones, espléndido; *siempre* lo más hermoso posible. El buen traje es, por lo tanto, resistente, sencillo, limpio, cuidadosamente dispuesto, cuidadosamente conservado. El traje barato comprado por amor de la baratura y el traje costoso comprado por amor a lo caro son *ambos* abominables. El buen traje se compra *por* su precio y a su precio; y sólo se compra cuando se necesita. El traje hermoso lo es principalmente por el color, por la armonía de las partes y por el modo de colocarlo y llevarlo. En nada se revela tanto el carácter como en el modo de llevar un traje sencillo. Obedecer a la moda es gran locura y un crimen todavía mayor; pero los cambios graduales en el traje acompañan a un saludable progreso nacional. El traje gastado por amor a la vanidad o codiciado por envidia es tan malo como cualquier otra cosa de que se abuse así. Una mujer debe desear ardientemente ser hermosa y debe desear ser inteligente, su traje debe ser tan estudiado como

sus palabras; pero si gasta el uno y pronuncia las otras con vanidad e insolencia, ambos son igualmente criminales.

J. RUSKIN

Consejo

Prefiero, hermanas mías, que entréis en el matrimonio con alguna desconfianza y hasta con algún temor, a que entréis con desmedidas esperanzas. Pensad que de la pasión, del apóstol traidor de la cruenta agonía, podéis libraros, y de seguro os libraréis si obráis cuerdamente; pero bueno es que no vayáis enteramente seguras de escapar al ayuno de los días santos y de azotes más o menos leves que la suerte aplica siempre a todos los humanos. Procurad sobre todo que vuestro amor no muera, o que sólo muera aparentemente, como el Salvador, para resucitar a los tres días, y vivir la inmortal y serena vida del espíritu,

GUTIERREZ NAJERA

Pintura de Dulcinea

en boca de Don Quijote

—Luego sí es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado—dijo el caminante—bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto con don Galaor, con las veras que puedo le suplico, en nombre de toda esta compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; que ella se tendrá por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida por un tal caballero como vuestra merced parece.

Aquí dió un gran suspiro don Quijote, y dijo:

—Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo. Sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es reina y señora mía; de su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de la belleza que los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son oro, su frente Campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo,

sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Sobre Educación



Opiniones autorizadas

La enseñanza nueva deberá ser algo más sencillo. Sin grandes sabidurías, se puede enseñar muchas cosas; diríamos mejor, se puede hacer que los niños aprendan muchas cosas por sí mismos. Sin discursos, sin esfuerzos de lógica que envuelven siempre algo de composición, se puede obtener óptimos resultados en el desenvolvimiento intelectual de las criaturas. Bastará que la infancia pueda ir desentrañando sucesivamente el mundo que le rodea, los hechos de la naturaleza y los hechos sociales para que, con pequeño esfuerzo del profesor, ella misma se torne su ciencia de la vida. Por cada cien palabras de las muchas que se emplean en perjuicio de las criaturas, un solo hecho será suficiente para que cualquier niño se dé buena cuenta de razones que acaso los más elocuentes discursos no lograrán meter en su cerebro. Lecciones de cosas, examen de la realidad, repetición de experiencias, son la única base sólida de la razón. Sin hechos, sin experiencias, sin realidades, la razón fracasa comúnmente.

RICARDO MELLA

Respetad la inclinación a la observación y a la iniciativa del niño; guardaos de excitarla imprudentemente, dejadle hacer por sí mismo sus descubrimientos; esperad sus preguntas y respondedlas sobriamente y con extrema reserva para que continúe sus propios esfuerzos; ayudadle a salvar una dificultad que le detenga, sin resolver jamás un problema fácil que él mismo hubiera resuelto sin ayuda de nadie.

Lo contrario no es desarrollar, sino disminuir sus facultades.

Sobre todo guardaos de imponer al niño, vuestras viejas ideas, hechas de una pieza, transmitidas por rutina irreflexiva, que sólo sirven para entontecerle. Observadle mucho: él es quien frecuentemente debe, guiaros y haceros conocer ya que él las conoce mejor que nadie, sus necesidades físicas, intelectuales y afectivas.

PAUL ROBIN

Lo que se llama educación no es una cosa que se complete en sí misma: es una preparación para la vida, un impulso que se imprime en el espíritu. El discípulo que ha adquirido el hábito de observar y reflexionar y se ha interesado en las lecciones, no se contentará con lo que sus profesores le hayan podido enseñar durante el curso de sus estudios; querrá saber más, seguir adelante, y comprenderá que lo que ha aprendido en la escuela no constituye un bagaje de conocimientos suficientes.

ALINE DAUX

Es preciso que el profesor joven adquiera la ciencia pedagógica leyendo todo lo que se ha escrito sobre pedagogía, que tenga la fuerza de voluntad necesaria para leer, no sólo los autores de su preferencia, sino también—y, sobre todo, añadiremos—los que le contradigan. No tema dejarse llevar por un argumento especioso: la verdad se impone siempre, con tanta mayor fuerza cuanto mayor sea la libertad de espíritu conservada.

CLEMENCIA JACQUINET

Ironía

Maquiavelo decía que querría mejor ir al infierno que al paraíso, porque estaría en mejor compañía y vería mejor sociedad, pues mientras que en el paraíso no habría probabilidad de encontrar más que apóstoles, ermitaños, viejas, beatas y mendigos, gentes todas de trato poco agradable, en el infierno tendría la satisfacción de vivir con grandes señores: príncipes, reyes, cardenales y papas.

 MALOS VECINOS, por GEORGE CLEMENCEAU. Editado en *Renovación*. Precio: 30 céntimos. Lo recomendamos.

Cuento Semanal

EL LOBO

Hé aquí lo que el anciano marqués de Arville nos contó en casa del barón de Ravels al terminar la comida de San Humberto.

Se había corrido un ciervo, y el marqués era el único de los invitados que no había tomado parte en la persecución, pues él no cazaba nunca.

Durante la gran comida no se había hablado de otra cosa que de matanzas de animales. Las mismas mujeres escuchaban con interés los relatos sanguinarios y con frecuencia inverosímiles, y los oradores imitaban los ataques y los combates de hombres contra fieras, levantaban los brazos y referían con voz de trueno.

El señor de Arville hablaba bien, con cierta poesía algo rimbombante pero llena de efecto. Muy a menudo había tenido que repetir esta historia, pues la contaba corrientemente, sin vacilar en las palabras hábilmente escogidas para dar más fuerza a las imágenes.

—Señores, yo no he cazado nunca, ni mi padre tampoco, ni tampoco mi abuelo ni mi bisabuelo. Este último era hijo de un hombre que cazó más que todos ustedes. Murió en 1764, y ahora diré cómo.

Se llamaba Juan, estaba casado, era padre del niño que fué mi tatarabuelo, y vivía con su hermano menor, Francisco de Arville, en nuestro castillo de Lorena, en pleno bosque.

Por amor a la caza, Francisco de Arville se había quedado soltero.

Los dos cazaban de un cabo del año a otro, sin descanso y sin cansarse. No gustaban de otra cosa, no comprendían otra cosa, y sólo hablaban de caza y vivían para la caza.

Esta pasión terrible, inexorable, había sentado sus reales en sus corazones.

En ella ardían, les había invadido por completo y en ellos no cabía otra cosa.

Habían prohibido terminantemente que cuando cazaban se les molestase fuese por lo que fuese. Mi tatarabuelo nació mientras su padre perseguía a una zorra, y Juan de Arville no interrumpió su carrera; pero juró: «¡Ira de Dios! Ese granuja hubiera

podido esperar hasta que la caza terminase....»

Su hermano Francisco era todavía más apasionado que él. En cuanto se levantaba iba a ver a los perros, luego a los caballos, y hasta el momento de salir a montería, tiraba a los pájaros en los alrededores del castillo.

En el lugar les llamaban señor marqués, y señor de Arville, pues los nobles de entonces no hacían como la nobleza de poco más o menos que hoy quiere establecer jerarquía descendente en los títulos, pues el hijo de un marqués no era conde, ni el hijo de un conde era barón, como tampoco es coronel de nacimiento el hijo de un general. Pero las mezquinas vanidades de hoy en día encuentran provecho arreglándose de ese modo.

Pero volvamos a mis antepasados.

Según parece, eran desmesuradamente grandes, huesudos, velludos, violentos y vigorosos. El más joven, aún más alto que el mayor, tenía la voz tan fuerte que, si se cree en una leyenda que le llenaba de orgullo, cuando gritaba se agitaban todas las hojas del bosque.

Y cuando los dos montaban a caballo para ir a cazar, ver a aquellos gigantes, debía ser un espectáculo soberbio.

Ahora bien, a mediados del invierno del año de 1764, los fríos fueron excesivos y los lobos estaban furiosos.

Atacaban a los campesinos que se retrasaban, vagaban por los alrededores de las casas, aullaban desde que se ponía el sol hasta que amanecía, y despoblaban los establos.

No tardó en hablarse de un lobo colosal, de pelo gris, casi blanco, que se había comido dos niños, devorado el brazo de una mujer, extrangulado a todos los mastines de la comarca, y que saltaba los vallados para olfatear las puertas. Todos los vecinos afirmaban haber sentido sus resplidos que hacían oscilar las llamas de los hogares, y pronto el pánico se extendió por toda la provincia. En cuanto anochece nadie se atrevía a salir, y las tinieblas parecían atormentadas por la imagen de ese animal....

Los hermanos Arville resolvieron encontrarlo y matarlo, y organizaron grande partidas de caza a las que invitaron a todos los gentiles hombres de la comarca.

Todo fué en vano. Se batían los bosques, se registraban las breñas, pero nunca daban con él. Mataban lobos, muchos lobos, pero no aquél. Y todas las noches que seguían a las batidas, el animal, como si quisiese vengarse, atacaba al ganado siempre lejos del lugar en que se le había buscado.

Una noche entró en el establo de cerdos del castillo de Arville y se comió los dos mejor criados.

Los hermanos montaron en cólera considerando este ataque como una bravata monstruosa, una injuria directa, un reto. Cogieron los perros más acostumbrados a perseguir bestias peligrosas y salieron al campo con el corazón rebosando furor.

Desde que amaneció hasta que el sol desapareció tras los árboles desnudos, batieron bosques y malezas sin encontrar nada.

Furiosos y desolados volvían al paso de sus caballos por un camino bordeado de malezas, y se asombraban viendo su ciencia burlada por aquel lobo y sintiendo una especie de misterioso temor.

El mayor decía:

—Este animal no es como los demás. Se diría que piensa como un hombre.

El menor contestaba:

—Tal vez tendremos que hacer bendecir las balas por nuestro primo el obispo o rogar a cualquier sacerdote que pronuncie las palabras necesarias.

Callaron luego, y a poco Juan repuso:

—Mira que rojo está el sol. El lobo hará algo malo esta noche.

Apenas había concluído de hablar, cuando su caballo se encabritó y el de Francisco empezó a cocear. Espeso matorral cubierto de hojas muertas se abrió ante ellos, y una bestia colosal, completamente gris, surgió y echó a correr a través del bosque.

Los dos lanzaron una especie de rugido de alegría, e inclinándose sobre los pesados caballos, los echaron hacia adelante con todas las fuerzas de su cuerpo, y corrían tan desesperadamente, excitándoles, enloqueciéndoles con la voz, el gesto y las espuelas, que los fuertes jinetes parecían llevar sus pesados corceles entre las piernas y sostenerlos en el aire.

Corrían rozando el vientre con el suelo; cortando arbustos, subiendo cuestras, saltando barrancos y tocando la trompa a

plenos pulmones para llamar a sus gentes y a sus perros.

Y hé aquí que, de pronto, en aquella carrera desenfundada y loca, el mayor dió con la frente en una rama enorme que le partió el cráneo, y cayó muerto al suelo mientras su caballo se desbocaba y desaparecía entre las sombras que envolvían los bosques.

El menor Arville paró en seco, echó pie a tierra, cogió en brazos a su hermano y vió que por la herida salían los sesos mezclados con sangre.

Entonces se sentó junto al cuerpo, apoyó en sus rodillas aquella cabeza desfigurada y sangrienta, y contemplando el rostro inmóvil de su hermano esperó. Poco a poco extraño miedo, miedo como nunca había sentido, se apoderó de él. Era miedo a las sombras, miedo a la soledad, miedo al bosque desierto y miedo también al lobo fantástico que para vengase de ellos acababa de matar a su hermano.

Las tinieblas eran más densas por momentos y el agudo frío hacía crujir los árboles. Francisco se levantó temblando incapaz de permanecer allí más tiempo y sintiéndose próximo a desfallecer. No se oía nada; ni los ladridos de los perros, ni el sonido de las trompas, todo permanecía mudo en el invisible horizonte, y lo sombrío de la noche helada tenía algo horrible y extraño.

Con sus manos de coloso cogió el cuerpo de su hermano Juan, lo levantó y lo atravesó en la silla para llevarlo al castillo; luego echó a andar despacio, turbados sus pensamientos como si estuviese ebrio, perseguido por visiones horribles y extraordinarias.

Y bruscamente, en el sendero que la noche invadía, una forma grande pasó. Era la bestia. Una sacudida de espanto hizo temblar al cazador: algo frío como una gota de agua le corrió por la espalda, y como monje perseguido por el diablo, hizo la señal de la cruz, medio loco por la brusca reaparición de la fiera. Pero sus ojos se fijaron en el cuerpo inerte tendido ante él, y repentinamente pasó del temor a la cólera y se estremeció con rabia desordenada.

Hundió las espuelas en los ijares de su caballo y se lanzó en persecución del lobo.

Le seguía por los tallares, por los barrancos, por los oquedales, cruzando bos-

ques que no conocía pero con los ojos siempre fijos en la mancha blancuzca que huía a través de las tinieblas que envolvían la tierra.

También su caballo parecía sentirse animado por fuerza y ardimiento desconocidos. Galopaba con el cuello estirado, en derechura; y la cabeza y los pies del muerto, atravesado en la silla como estaba, chocaban con los árboles y con las rocas. Los espinos le arrancaban los cabellos, los troncos quedaban salpicados de sangre, y sus espuelas arrancaban las cortezas....

Bestia perseguida y jinete salieron del bosque y entraron en un valle: la luna apareció entonces iluminando una extensión pedregosa, cerrada por rocas enormes y sin salida posible. El lobo, no pudiendo seguir adelante, se volvió.

Un alarido de gozo, que los ecos repitieron como el fragor de un trueno, salió de los labios de Francisco, y éste saltó del caballo cuchillo en mano.

La fiera le aguardaba con el pelo erizado y arqueado el lomo: sus ojos brillaban como dos estrellas; pero antes de librar la batalla, el fuerte cazador cogió a su hermano, le sentó en una roca, y sosteniendo con piedras su cabeza, que ya no era más que una mancha de sangre, le gritó al oído como si hubiese hablado a un sordo: «Mira, Juan, mira esto».

Luego se arrojó sobre el monstruo. Se sentía con fuerzas bastantes para derribar a una montaña, para machacar piedras con sus manos. La bestia quiso morder, procurando cogerle por el vientre, pero él la tenía por el cuello, sin utilizar siquiera su arma, y la estrangulaba suavemente, escuchando como el aliento se detenía en su garganta y como se paralizaban los latidos. Y reía y gozaba lo increíble estrechando más y más su formidable apretón, y en un delirio de alegría gritaba: «Mira, Juan, mira». La resistencia cesó, y el cuerpo del lobo quedó lacio. Estaba muerto.

Entonces Francisco lo levantó en alto y lo arrojó a los pies de su hermano repitiendo con voz llena de lágrimas: «Toma, Juan, toma, ahí lo tienes».

Después, colocando en la silla a los dos cadáveres, se puso nuevamente en marcha.

Y entró en el castillo riendo y llorando como Gargantúa cuando nació Pantagruel,

LAS CITAS



Y qué te dijo Marcial?

—Que para mover su asunto...
la espera a las ocho en punto
en el Parque Nacional.

dando gritos de triunfo y trepidando de alegría al referir la muerte del animal, y gimiendo y arrancándose la barba al relatar la de su hermano.

Y con frecuencia, más tarde, cuando hablaba de ese día, murmuraba con los ojos llenos de lágrimas: «Si por lo menos Juan me hubiese visto estrangular al oso, estoy seguro de que hubiera muerto contento».

Y la viuda de mi antepasado inspiró a su hijo huérfano el horror a la caza que, transmitiéndose de padres a hijos, ha llegado hasta mí.

El marqués de Arville calló, y alguien dijo:

—Esa historia es una leyenda, ¿verdad?
El narrador agregó:

—Juro que desde el principio hasta el fin es verdadera.

Y entonces, una mujer, con vocesita dulce y suave, dijo:

—Lo mismo da; pero sentir semejantes pasiones es muy hermoso.

GUY DE MAUPASSANT

Lea los cuadernos de RENOVACIÓN

Altas Letras



La jovencita

Cuando entré en el salón me fijé en aquella niña pálida, esbelta y glacial, luego supe quién era, cómo se llamaba y que asistía por primera vez a un baile.

Estaba elegantísima; el traje era de gasa blanca, rizada en menudos pliegues desde la cintura hasta el suelo; por único adorno, una rama de jazminez que, partiendo del pecho, llegaba en graciosas curvas casi al borde de la falda; honestamente escotada, sin pendientes y el pelo sencillamente recogido en un moñete gracioso, formado con estudiado desgaire. Era rubia, blanca, fina, delicada, de manos aristocráticas.

Sin embargo, en sus ojos grandes y azules, claros de color y misteriosos de expresión, había algo indefinible que daba miedo.

Tenía la boca correctamente dibujada, de líneas purísimas, pero sin esas suaves ondulaciones que siendo apenas perceptibles cuando la fisonomía está tranquila, bastan para indicar la ternura de la sonrisa y la dulcedumbre del beso.

Sus miradas parecían curiosas, ávidas, insostenibles, pero incapaces de piedad; sus palabras debían de ser astutas, cautelosas, pero frías.

De pronto, la niña echó a correr hacia el opuesto extremo de la sala y se paró ante un cuadro que representaba un desafío. Dos caballeros se batían en mangas de camisa y espada en mano: uno acometiendo con furor; otro, colocado a la defensiva. Lugar de la escena, un jardín; en segundo término los padrinos; más lejos, un coche envuelto entre la neblina gris de un amanecer de invierno; los árboles secos y el suelo cubierto de una finísima escarcha.

Sin un gesto trágico, sin una gota de sangre, el cuadro era terrible.

La niña lo contemplaba con indecible curiosidad, y yo a ella con creciente interés, cuando vino a colocarse a su lado una señora ricamente vestida.

Entonces la muchacha se apoyó en ella, rodéandole con un brazo la cintura, y ex-

tendiendo la otra mano hacia el lienzo, pronunció con acento dulcísimo estas palabras:

—Dí mamá, ¿es así como se matan los hombres por nosotras?

JACINTO OCTAVIO PICON



Análisis íntimos

Aléjate de tus enemigos. Hé aquí una máxima sabia y fuerte. Si la siguiéramos obtendríamos incalculable provecho. Acercarnos al enemigo es darle ocasión para que aseste mejor sus golpes; para que nos estudie con detenimiento, para que juzgue de nuestras flaquezas con acierto y pueda encaminar sus dardos. Estudiará nuestros gestos que son signos de nuestra alma; penetrará el sentido antes oscuro para él del valor de nuestras palabras, y dejaremos traslucir, o nuestro mérito, en demasía, lo que es gravísimo, o nuestra debilidad, lo cual también es grave. El enemigo lejano se engrandece a nuestra vista; nos parecen leones las raposas y los armiños resultan manchados.

Los hombres que se sientan específicamente superiores a los demás hombres; los que tengan algo bueno, algo bello, algo intenso que decir a las gentes, deben alejarse de sus enemigos y de sus iguales o de los que se consideran sus iguales. El aislamiento, como el hielo, impide la corrupción, esto es el contacto con el infinito número de los tontos.

Yo no tengo fuerzas para huir de mis enemigos. Tal es una de mis muchas debilidades. La sentencia filosófica de nada me ha servido. Los libros no moralizan. En cambio la vida por sí misma, por virtud de ser vida me infunde alientos morales, me serena el alma, purifica mi corazón.

Ayer en la soledad de un bosque, en la paz de la tarde, mientras las hojas de los chaparros y los arrayanes se movían al soplo de un vientecillo delicioso, me sentí bueno, capaz de amar a mis enemigos desde lejos.

Cuando al quebrar con mis pasos el misterio del bosque salí de su espesura, el crepúsculo era tan hermoso, tan supremamente

moralizador, que experimenté deseos de besar la tierra y confesarle mi quietud infinita.

MAX GRILLO

Oración del peregrino

Señor Dios omnipotente! Los hijos de una nación guerrera levantan hacia tí, desde diversas partes del mundo, sus manos desarmadas.

Te llaman desde el fondo de las minas de Siberia, de las nieves del Kamtchatka, de las estepas de Argelia y de otras tierras extranjeras.

Del seno de nuestra Patria, que te ha permanecido fiel, no nos sería permitido llamarte!

Nuestros ancianos, nuestras mujeres y nuestros niños no pueden orar por tí sino en el misterio, por el pensamiento y por las lágrimas.

Dios de los Jagelones, Dios de Sobieski, Dios de Kosciusko; ten piedad de nuestra Patria, ten piedad de nosotros.

Concédenos poder dirigirnos a tí un día, como se te dirigían nuestros antepasados en el campo de batalla: con las armas en la mano, ante un altar de tambores y cañones y bajo un palio de águilas blancas y de ardientes banderas.

Permite a nuestras familias orar en nuestra lengua, en las iglesias de nuestras ciudades y de nuestras aldeas, y permite a nuestros hijos rezar sobre nuestras tumbas.

Mientras tanto, que tu voluntad, y no la nuestra, se haga así en los cielos como en la tierra.

Amén.

ADAN MICKIEWICZ

Gran poeta polaco

Lecturas rápidas

Para destruir los insectos se puede usar una especie de trampas que, no por ser sencillas, son menos prácticas que otras. Consiste en frascos de boca ancha de unos quince centímetros de alto en los cuales se echa aceite hasta unos diez centímetros de altura.

Estos frascos se colocan oblicuamente en los sitios frecuentados por los insectos, los cuales penetran en ellos, y al ponerse en contacto con el aceite, mueren asfixiados,

Página Poética



PAZ

A los europeos

Hombres! En vuestras iras de felinos pensad en el misterio pavoroso que amaga vuestros míseros destinos, pensad en el silencio tenebroso que sobrevive al grito delirante y de la guerra al ímpetu furioso.

Hombres, paz! En la tierra vacilante enorme es el misterio, y sólo atina el que brinda su amor al semejante.

Paz, hermanos! La mano que se inclina tarde o temprano a acariciar, desarme el gesto airado, la pasión dañina, a fin de que la calma se derrame por nuestra faz, cuando sin ser oída, se acerque sin que nadie nos la llame, la Muerte, con su lámpara encendida!

GUILLERMO VALENCIA

*

Marina

Del fondo del ocaso ennegrecido, surge indecisa una lejana vela: como si huyese de su propia estela el barco avanza por el mar dormido.

Cae la noche rápida; y sin ruido sobre el piélago enorme se revela y el ábside del cielo se constela como un prado de lirios florecido.

Vivaz me asalta tu recuerdo. El agua que al soplo de las brisas se estremece su cadencioso ritornelo fragua.

La onda se irisa de ópalos y argentos... Y mi alma, en tanto que el ensueño crece, vuela hacia tí, sobre los mansos vientos!

JERÓNIMO J. REINA

*

Hernán Cortés

Va el orgulloso aventurero hispano a través de las hoscas soledades, llevado por propicias tempestades del mar caribe al golfo mexicano.

La espada blande con potente mano y el arcabuz de rojas claridades: en su alma anidan todas las crueldades, y a sus pies, el vencido implora en vano.

Llega, combate, triunfa y aniquila; rasga todo misterio su pupila, y asciende, como el águila, en la bruma.

Por él las Parcas hilan en sus ruecas; por él lloran las vírgenes aztecas la muerte del divino Moctezuma.

LEOPOLDO DIAZ

Pincelada

La noche: un cielo sombrío,
un relámpago lejano,
tenues ráfagas de frío,
negro el monte, sordo el río,
lejos las notas de un piano.

En la comba, ni un lucero,
plúmbeas nubes de borrasca,
y en el agreste sendero
canta el pájaro agorero,
medio oculto en la hojarasca.

Un ruido el tímpano hiere...
Es la tos de una mujer,
es la niña que se muere
¡mientras canta el Miserere
la máquina de coser!

DIEGO URIBE

*

Tus pies

Me parecen tus pies, cuando diviso
que la falda traspasan y bordean,
dos niños que traviesos juguetean
en el mismo dintel del Paraíso.

Quiso mi amor y mi ventura quiso
que ellos el fiel de mi esperanza sean:
de pronto, cuando salen, me recrean;
cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh, pies idolatrados, yo os imploro!
Y pues sabéis mover todo el palacio
por quien el alma suspirando gime,

traed a mi regazo ese tesoro
y yo os aliviaré por largo espacio
del riquísimo peso que os oprime.

ABELARDO LÓPEZ DE AYALA

*

Je meurs où je m'attaché

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡Oh mi amada maligna y hechicera!
Serás, bajo la nivea cabellera,
una joven duquesa de la Fronda.

Inconstante y fugaz, como la onda,
te llevó tu capricho a mi ribera:
y sentí florecer tu primavera
sobre mi pena, misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa,
haz que sus alas, en gentil sonrisa,
el ave roja de tus labios tienda...

Aunque después me hieran tus desvíos,
acuñaré en tu honor los versos míos,
con tu busto ducal y tu leyenda.

RICARDO JAIMES FREIRE

Variedades

60

Hombres célebres

EPICURO.—Filósofo griego, fundador de la escuela llamada *epicúrea*. Habiendo leído las obras de Demócrito, se apasionó de ellas; estudió más tarde los principales sistemas enseñados en su tiempo, después de lo cual se consideró en actitud para formar una nueva secta. Dióse a conocer en Mitileno y en Lampsaco, trasladando luego su escuela a Atenas, donde se estableció y adquirió un jardín, en el cual reunía a sus discípulos para enseñarles sus doctrinas. Explicaba la formación del Universo por el concurso accidental de los átomos; admitía varios dioses que contemplaban los actos de los hombres con indiferencia, y hacia consistir la bienaventuranza en el cultivo del entendimiento, en la práctica de las virtudes y en el uso moderado de los placeres. Sus discípulos falsearon más tarde estas doctrinas, sustituyéndolas por un sensualismo refinado. Se conservan algunos fragmentos de sus obras.

El cultivo de las cebollas

La cebolla tiene la ventaja, desde el punto de vista económico, de que se cosecha en muy poco tiempo, dando lugar a que se puedan plantar otros productos que requieran diferente época del año.

Vamos a dar algunas indicaciones prácticas a los finqueros para el cultivo de esta planta: los bulbos más apreciados son los blancos por contener más jugo y más frescura.

La humedad perjudica mucho, si bien el riego en cantidad regular aumenta sus buenas cualidades. Los semilleros deben estar situados en lugares abrigados, aunque con buena ventilación y bastante sol.

Debe beneficiarse la tierra en que se plantan con estiércol. Las plantas que estarán completamente crecidas a las siete u ocho semanas deben recolectarse según las especies, pues existen algunas un poco más precoces. No debe permitirse que lleguen a florecer estas plantas porque pierden los bulbos parte de su sustancia.

El trasplante es una operación indispensable de magníficos resultados y debe hacerse sin recortar los tallos por ser esto si no perjudicial por lo menos inútil.

La recolección del bulbo se debe hacer cuando se pongan los tallos descoloridos o agostados.

*

Entre andaluces.

—¿Conoces el miedo?

—No sé lo que es.

—¿No te asustan tampoco las tormentas?

—¡Qué me han de asustar! Un día cayó un rayo a mis pies y me agaché a recogerlo.

Jupp, Falco & Borrasc

Emulsión Imperial

Buena para todos los niños : De venta en la Botica Francesa

La mejor surtida : La más barata

Librería **TORMO** Papelería

Apartado 439 AVENIDA CENTRAL Teléfono 664
Frente al Banco Mercantil

TRASLADO

La tienda de José Alvarado M., se ha trasladado al local que ocupó. Don César Arguedas, 25 varas al Sur de la tienda que ocupó don Miguel Turull, en los bajos de la casa de alto de don Luis Cruz Polanco, donde encontrará el más completo surtido de adornos para señoras, encajes, flecos de cuentas de todo color, bordados, cintas de varias clases, géneros de encaje, flores, sedas, juguetes, géneros para mantel, libretes para iglesias.

Obbleas Cefálicas

Para el dolor de cabeza : De venta en la Botica Francesa

BODEGA DE LA MARINA ABARROTES, LICORES Y GRANOS EN GENERAL :: VENTAS AL POR MAYOR (Antiguo local Bresciani)

EDUARDO CASTRO SABORIO

TELÉFONO 593

SAN JOSE

APARTADO 979

SOMBREROS ECUATORIANOS Los mejores sombreros de pita de Monti Cristi. Ecuador. Frente a La Magnolia y contiguo a La Puerta del Sol. Finos y a todo precio.—JUAN ANTI-LLON.—San José.

Todos los productos de **TRAUBE**: Cerveza, Aguas Gaseosas, etcétera, gozan de un renombre merecido por sus virtudes exquisitas.

JOSE TRAUBE

Crespina Oriental

¿La ha usado usted alguna vez?

Si no la conoce solicítela en cualquier botica de importancia y úsela, pues además de suavizar, fortalecer y hermostrar el cabello, evita que se vuelva cano.

Si usted acostumbra peinarse con la Crespina Oriental, puede estar seguro de que su cabello permanecerá siempre negro y asedado.

Muebles

de primera calidad y a precios económicos, los confecciona a gusto del cliente, el ebanista don Rafael Herradora, que tiene su taller al lado de la Sociedad Unión Española. Haga Ud. un encargo y quedará complacido. SE LO RECOMENDAMOS.

LIBROS PROPIOS PARA NIÑOS

<i>Cuentos de una buena madre.....</i>	₡ 3.00
<i>Leyendas de Flandes</i>	3.00
<i>La Gitanilla.....</i>	3.00
<i>La española inglesa.....</i>	3.00
<i>Viajes y aventuras.....</i>	3.00
<i>Cuentos de la Alhambra.....</i>	3.00
<i>Cuentos de la Isla Dorada.....</i>	3.00
<i>Zoología pintoresca.....</i>	3.00
<i>Martin el tonelero.....</i>	2.50
<i>Cuentos de Andersen.....</i>	2.50
<i>Cuentos cortos de los hermanos Grimm.....</i>	2.50
<i>Flores y arboledas.....</i>	2.50
<i>Fábulas de Iriarte y Samaniego.....</i>	1.90
<i>El Kreutzer.....</i>	1.90
<i>Fábulas de Iriarte.....</i>	2.50
<i>La vida es sueño</i>	2.50
<i>El Conde Lucanor.....</i>	2.50
<i>Hernán Cortés.....</i>	2.50
<i>El Califa cigüeña</i>	2.50
<i>El hurto sabroso.....</i>	1.00
<i>La voz de las campanas, Carlos Dickens.....</i>	1.50
<i>¡Dios salve a la Reina!, Allen Upwar..</i>	1.50
<i>Minnie, A. Lichtenberger....</i>	1.50
<i>Casa por alquilar, Carlos Dickens.....</i>	1.50
<i>Nerto, Federico Mistral.....</i>	1.50
<i>El secreto del ahorcado, Carlos Dickens..</i>	1.50
<i>Tom Sawyer, detective, Mark Twain.....</i>	1.50

Los huevos de Pascua.
Cuentos de Carlos Perrault.
El pájaro azul.
Novelas caballerescas.
Cuentos de la Condesa d'Aulnoy.
La entrada del Paraíso.
Sor Teresa.
Un duelo en la Edad Media.
El ángel bueno y el ángel malo.
El ramo de oro.

Cada tomo lujosamente empastado ₡ 1.50.

La torre negra.
El niño robado.
El doctor Langevo.
El cazador furtivo.

El caballero de Lys.
El tesoro.
La rosa de los vientos.
Un sueño de cien años.
El caballero del cisne.
Un visitante misterioso.
El compadre de la muerte.
La virgen de los espinos.
El triunfo del Ave María.

Cada tomo empastado ₡ 0.50.



Lea EOS

Publica 16 páginas de variada lectura. La dirige don Elias Jiménez Rojas.

Precio de suscripción: Serie de 4 números 50 céntimos. Número suelto 15 céntimos.

Solicite un ejemplar de propaganda.

Administración: 7ª Avenida, Este, 42, San José, Costa Rica.

Apartado de Correos número 638.

Falcó y Borrásé, Propietarios.

LECTURAS

Revista semanal ilustrada de Información, Literatura, Arte, Ciencias, Historia, Pedagogía y Variedades.

20 páginas de escogida lectura.

Director: LEONARDO MONTALBÁN.

Editores - Propietarios: FALCÓ Y BORRASÉ, impresores.

ADMINISTRACIÓN: 7ª Avenida, Este, 42. Apartado 638. San José, Costa Rica.

PRECIO DE SUSCRICIÓN:

6 números ₡ 1.00. Número suelto 20 céntimos. Pago adelantado.